

LA POLITIZACIÓN EN LAS LECTURAS CANÓNICAS: MIGUEL ANTONIO CARO, LECTOR DE JORGE ISAACS / Politics in Canonical Readings: Miguel Antonio Caro reads to Jorge Isaacs / A Politização nas Leituras Canônicas: Miguel Antonio Caro, Leitor de Jorge Isaacs

Carlos Arturo López Jiménez

Filósofo, Magister en Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de cátedra, Maestría de Estudios Culturales y Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana; y Facultad de Ciencia Política y Gobierno, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Miembro del grupo de investigación “Biblioteca virtual del pensamiento filosófico en Colombia”, Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, del cual es miembro. Correos electrónicos: carloslopez@javeriana.edu.co carturolopez@gmail.com

Este artículo es resultado de la investigación del grupo “Saberes, poderes y culturas”, Departamento de Historia, Universidad Javeriana, dentro del proyecto de investigación “El positivismo en Colombia”, financiado por esta universidad.

Resumen

Aquí muestran algunos aspectos conceptuales del proyecto intelectual de Miguel Antonio Caro y su consistencia interna. Además, preciso el tipo específico de politización que este escritor impuso sobre algunos trabajos que le fueron contemporáneos –politización de la cual el mismo Caro ha sido objeto por parte de historiografía contemporánea–. Específicamente, presento cómo Miguel Antonio Caro, al afirmar que un texto de Isaacs (Las tribus indígenas del Magdalena) es científico, politiza su trabajo por la imposibilidad de atacarlo dentro de los límites argumentativos del texto de Isaacs. De esta forma, para hacer a un lado las objeciones que Isaac eleva contra el gobierno de Núñez, Caro ubica el trabajo del autor de María en el grupo de escritos que amenazan el orden social, al presentarlo de la mano con el positivismo, empirismo, liberalismo y demás esfuerzos intelectuales fundados en un “nocivo” criterio sensualista.

Palabras clave autor:

Lecturas canónicas, positivismo, empirismo, liberalismo, politización, ciencia, criterio sensual, cristianismo.

Palabras clave descriptores:

Caro, Miguel Antonio, 1843-1909, Crítica textual, Isaacs Jorge, 1837-1895, Crítica e interpretación, Cristianismo y política.

Abstract

The article herein shows some conceptual features of Miguel Antonio Caro's intellectual project and its intrinsic strengths. Furthermore, it details the type of politicization which Caro imposed on some of the work of his contemporaries politicization which, in turn, was later imposed on him-self by contemporary historiography. More to the point, I evidence how Caro, when asserting that a particular text by Jorge Isaacs (The native tribes of the Magdalena basin) was scientific, immediately proceeded to politicize Isaac's work, among other things, because he (Caro) did not have the relevant arguments needed to confront Isaacs' text in its own terms and framework. Thus, in order to dismiss Isaacs' objections raised against the government of Núñez, Caro places the aforementioned work by the author of María, among the texts that threatened social order by presenting it as part and parcel of positivism, empiricism, liberalism, and all other intellectual efforts based on a damaging sensualism.

Key words author:

Canonic readings, positivism, empiricism, liberalism, politicization, science, sensual criterion, Christianity.

Key words plus:

Caro, Miguel Antonio, 1843-1909, Criticism, textual, Isaacs Jorge, 1837-1895, Criticism and interpretation, Christianity and politics.

Resumo

Aqui mostro alguns aspectos conceptuais do projeto intelectual do Miguel Antonio Caro e sua consistência interna. Também, fixo o tempo específico de politização que este escritor impôs sobre alguns trabalhos que foram contemporâneos –politização da qual o mesmo Caro foi objeto por parte da historiografia contemporânea. Especificamente, apresento como o Miguel Antonio Caro, quando afirmou que um texto de Isaacs (As tribos indígenas do Magdalena) é científico, politiza seu trabalho pela impossibilidade de atacá-lo dentro dos limites argumentativos do texto de Isaacs. Desta forma, para separar as objeções que Isaac levanta contra o governo de Núñez, Caro localiza o trabalho do autor de Maria no grupo de escritos que ameaça a ordem social, apresentado da sua mão como positivismo, empirismo, liberalismo e demais esforços intelectuais fundados num “nocivo” critério sensualista.

Palavras chaves:

Leituras canônicas, positivismo, empirismo, liberalismo, politização, ciência, critério sensual, cristianismo.

Palavras descritivas: Caro, Miguel Antonio, 1843-1909, Crítica textual, Isaacs Jorge, 1837-1895, Crítica e interpretação, Cristianismo e política.

Miguel Antonio Caro es un tema historiográfico que permite explicar, evaluar y juzgar el período de la historia de Colombia conocido como la Regeneración, que transcurre, más o menos, entre las dos últimas décadas del siglo XIX y se asocia con los gobiernos nacionales de esos años. Este tema historiográfico también permite medir a posteriori las consecuencias de su labor como individuo, en particular a partir de 1880, fecha en la que comienza a participar activamente en los cargos administrativos nacionales.¹ Este tema historiográfico se usa, además, para alabar los “progresos” intelectuales en Colombia en las postrimerías del siglo XIX (Zuleta; Torres; Bonilla; Hernández; Valderrama); asimismo, sirve para diagnosticar el atraso intelectual de Colombia respecto de la modernidad (R. Jaramillo) o el partidismo que definió el oficio de los intelectuales hasta la década del sesenta del siglo XX (Urrego, Introducción y I parte); en sentido análogo, se dice que sus tareas como pensador no son más que otro capítulo “de la controversia entre las ideas seculares modernas y las ideas clericales tradicionalistas” (Tovar); como si fuera poco, este tema historiográfico se usa para justificar la violencia generalizada que estalló a mediados del siglo XX (Von der Valde; Martínez 542-548), violencia que, según algunos autores consultados, aún es azuzada por la imposición de la ciudad letrada.² En resumidas cuentas y con algunas pocas excepciones,³ los estudios sobre Miguel

Antonio Caro se mueven entre la apología y el señalamiento inquisitorial.

En este texto no trato de aumentar la literatura apologética que promueve a Miguel Antonio Caro como el excelso hombre de letras y reducto de moralidad, tampoco, trato de corroborar o desmentir la literatura inquisitorial que se concentra en los escritos del católico militante y dogmático. Aquí, busco mostrar algunos aspectos conceptuales del trabajo de este polémico escritor decimonónico, mientras preciso el tipo específico de politización que su deletérea pluma impuso a escritos que fueron sus contemporáneos –politización de la cual el mismo Caro ha sido objeto por la historiografía que lo usa como tema–.⁴ Específicamente quiero mostrar cómo Miguel Antonio Caro, al ocuparse del texto de Jorge Isaacs titulado *Las tribus indígenas del Magdalena* lo politiza, al tratarlo como un texto científico.

Es decir, mostraré cómo la politización es un procedimiento que consiste en someter productos literarios de un espacio-tiempo determinado a una lectura que los confina al olvido, sea porque estos documentos se abandonan en las bibliotecas para ser cubiertos por finas películas de polvo, sea para que las lecturas sucesivas no puedan decir nada diferente de esos escritos. En ambos casos, los politizadores logran sepultar los argumentos de los textos doblegados por ellos y perpetúan una sola lectura de los mismos. Así se eterniza la mirada canónica y con ello, los juicios emitidos sobre el material consultado: los textos se condenan a una indiferencia doméstica. Indiferencia que en el caso de Miguel Antonio Caro tiene la forma o de pomposas celebraciones de su genio literario o de violentas reclamaciones por su militancia político-religiosa; indiferencia con la forma de la apología o de la inquisición.

1 La crisis del sistema federal promovido por los gobiernos radicales suscitó un “cierto consenso” para la reforma de la Constitución de Rionegro. Núñez, el presidente, era partidario de un federalismo moderado, pero “por la influencia del doctrinario conservador Miguel Antonio Caro” el proyecto tomó el rumbo del centralismo (cfr. F. González 135). Esta situación, paulatinamente generó el tipo de “escindido de ciudadanía” que caracteriza a Colombia y unos imaginarios que produjeron “los enfrentamientos entre regiones, localidades y familias, junto con los desmanes y retaliaciones ocurridos, durante y después de la guerra [de los Mil Días], van a sembrar un clima de resentimiento y un ambiente de “venganza de sangre” entre poblaciones, grupos y familias rivales, que darán frutos de violencia en los conflictos de los años treinta y de los cincuenta” (191).

2 “...el pensamiento coherente de Caro, en el que todos los elementos se conjugan como legitimación directa del poder, arroja sombras incluso sobre la poesía arte purista y relativamente autónoma de José Asunción Silva. Deslindar lo literario de lo político es parte del discurso excluyente de los gramáticos. Acceder a las altas esferas de la poesía es una de las formas de ingreso a la ciudad letrada, que no se desvincula del poder político. Quien pertenezca a la ciudad letrada no puede disentir en el interior de ésta. Toda rebelión implica una exclusión” (Von der Valde).

3 Destaco dos trabajos, el texto clásico de historia intelectual de

Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento Colombiano del siglo XIX* y un sugerente artículo de historia epistemológica escrito por Óscar Saldarriaga Vélez, titulado “Gramática, epistemología y pedagogía en el siglo XIX: la polémica colombiana sobre *Los elementos de ideología* de Destutt de Tracy (1870)”.

4 En otro lugar he tratado con detalle algunas de las formas en que se dice la expresión “Regeneración”, expresión que no describe, sino que articula a una clave conceptual aceptada por la comunidad de investigadores y a un procedimiento político impuesto por esa misma aceptación. Estas formas de decir permanecen como ecos que se escuchan cada que se habla sobre los escritos de Miguel Antonio Caro: dogmatismo católico y ultramontano centralismo político, ecos que cobran forma a través de las alegorías o los juicios inquisitoriales (López).

Politización

La edición de *Las tribus indígenas del Magdalena* de 1983 realizada por la Editorial Incunables tiene un prólogo donde se afirma que el trabajo de Jorge Isaacs no tiene las herramientas metodológicas suficientes para tomar como ciertos sus resultados. También afirma que, no obstante esta situación, no puede desconocerse el valor de sus datos para la ciencia contemporánea, pues Isaacs colecta información de primera mano a la que hoy no se puede tener acceso. En conversaciones informales he recogido la misma impresión sobre el valor científico del trabajo de Isaacs, sobre todo por parte de aquellos que identifican un conocimiento técnico del autor de *María* en las diferentes cuestiones que examina. Otros, por su parte, alegando la inexistente formación en antropología, geografía, paleontología, orografía... de Isaacs, reconocen que su trabajo no tiene ningún valor científico, afirman que este no es más que una serie de relatos con vocabulario técnico, pero sin ningún dato fiable. Ambas perspectivas, estar a favor o en contra de la calidad científica del texto de Isaacs, perpetúan la victoria de Miguel Antonio Caro sobre Isaacs, a propósito de la *politización* que este último sufrió por el primero.

A continuación veremos cómo Miguel Antonio Caro define una lectura canónica de *Las tribus indígenas del Magdalena*; y cómo, a partir de la publicación de “El darwinismo y las misiones”, Caro les impuso a los futuros lectores del trabajo de Isaacs la necesidad de verlo de acuerdo con su valor científico, aun cuando el trabajo de este explícitamente afirme que no posee tal valor.

Un texto científico

En el año de 1881, el gobierno de Rafael Núñez encargó a Jorge Isaacs actuar como secretario de una comisión que continuaría, siquiera en parte, los trabajos adelantados por la Comisión Corográfica. La misión fue puesta al cuidado del explorador argelino señor Manó, sin embargo, el grupo pronto se desintegró y el propósito de la comisión pareció no poder cumplirse.

Isaacs, sin embargo, continuó solo su viaje y se aseguró de recorrer, al menos, la península de la Guajira y algunos sectores del territorio de actual Departamento de Magdalena. El fruto de estos viajes quedó consignado y publicado en los *Anales de Instrucción Pública* en un texto titulado “Las tribus indígenas del Magdalena”, en el año de 1884.

En el Preliminar de *Las tribus indígenas del Magdalena* Isaacs afirma que el gobierno incumplió el contrato.⁵ Con ello explica, primero, por qué no tuvo ni el tiempo, ni los recursos necesarios para hacer un mejor trabajo; además, muestra la falta de interés del gobierno en las expediciones científicas; en tercer lugar, usa el incumplimiento del gobierno central para indicar la premura de su exposición y afirma que tales carreras lo obligaron a cambiar la forma y extensión del escrito; finalmente, afirma que por la misma razón tuvo que renunciar al viaje por Bolívar.

El estudio propiamente dicho consta de dos secciones. La primera se refiere a la geografía de la región y la segunda a la historia de la misma. Ambas secciones son balances y evaluaciones de la literatura sobre la región visitada en temas como geografía, historia, cartografía, filología, antropología, paleontología y geología, entre otros. De allí que el estudio de Isaacs esté poblado de citas y de juicios que contrasta o con su experiencia directa o a partir de conclusiones que va extrayendo de las publicaciones más recientes, entre otras, aquellas que se apoyan en las teorías darwinistas.

En respuesta al trabajo de Isaacs, Miguel Antonio Caro escribe y publica en dos entregas “El darwinismo y las misiones”. Aquí esgrime argumentos contra el estilo literario del texto de Isaacs, la impertinencia de sus estudios filológicos, el error del poeta al dejarse seducir por el darwinismo y la incompatibilidad epistemológica de las tesis de Darwin con la ciencia, según la comprensión que Caro tenía de la misma. Además de estas objeciones, Caro cuestiona en los apartados que van del V al VII (V. Las misiones en Colombia, VI. El señor Isaacs y las misiones, VII. El señor Isaacs y los historiadores), que son parte de la

⁵ El contrato se formuló a partir de la Ley 30 de 11 de junio de 1881. Decreto ejecutivo 628 de 18 de agosto de 1881. *Diario Oficial* 5156.

segunda entrega, los largos excursos de Isaacs contra el clero. Pero, a excepción de una página dedicada al papel de los judíos en el norte de Colombia⁶ y a la breve referencia a un artículo de una ley sobre aranceles para proteger el comercio del Magdalena de las importaciones venidas de las Antillas (Ley 8 de 1887, art. 6), Caro no reconoce las facetas políticas y de denuncia que definen a *Las tribus indígenas del Magdalena*. Me detendré en estas facetas.

En la primera sección, Isaacs comenta obras sobre la región escritas desde los tiempos de la Colonia, como las de Felipe Pérez, Sergio Arboleda, José Manuel Royo, Ricardo S. Pereira. El primer apartado termina con una extensa cita del trabajo *Relación e informe de la Provincia de Santa Marta y Riohacha por lo que respecta al estado actual de su comercio, labranza, haciendas y frutos, que manifiesta los pocos que se cogen ahora y los que pueden cultivarse y conviene fomentar, y medios que se consideran oportunos para adelantar estos importantes objetos con beneficio de la Provincia, de sus vecinos y de todo el reino*. Este trabajo fue un informe presentado al virrey Manuel Antonio Flórez por Antonio de Narváez y Latorre, en mayo de 1778, documento que atestigua el inmejorable estado de la zona y afirma que los problemas de la región se han superado en su mayoría.

En los siguientes apartados, Isaacs señala escrupulosamente los límites del Estado del Magdalena y discute los resultados de otras investigaciones, por ejemplo, los mapas del coronel Joaquín Acosta de 1847 (rectificados por José María Samper en 1858) y el de F. A. A. Simons de 1881, para indicar que ambos yerran respecto a la frontera con Venezuela y Colombia y así la segunda nación pierde un territorio productivo. En el mismo apartado, el autor de *La María* presenta también la singular riqueza de la Sierra Nevada de Santa Marta, habla de sus habitantes, sus productos vegetales y minerales, además de las ventajas que traería la construcción de carreteras en esa zona,

ventajas que se verían reflejadas, incluso, en el recaudo de aduanas.

En el apartado VI, Isaacs recoge los resultados de su investigación, no para definir con mayor precisión el mapa, los caminos, la orografía y las riquezas de la zona, sino para señalar el abandono en que se tiene a los indígenas que la habitan. Claro que este reclamo va tomando forma desde diferentes momentos del texto: en el apartado V, Isaacs pide que se construyan vías, incluso antes que el ferrocarril; en el IV pide para los habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta “redención efectiva y prosperidad” a través del “amparo y apoyo que es deber procurarles” (Isaacs, *Las tribus* 40); mientras que en el apartado I se burla del optimismo de Antonio Narváez en su informe al virrey.

El reclamo también se dirige a los misioneros coloniales: “de 1767 a época actual, ¿qué labor abnegada y loable, qué obra trascendente han hecho los misioneros cristianos en este país...?” Más adelante, Isaacs insiste en que “ni en tiempo de la Colonia, ni en el transcurrido desde la fundación de la República, se ha hecho nada con espíritu oneroso, cordura y perseverancia a fin de impulsar cristianamente a aquellos aborígenes en la vía de la civilización”. Ciertamente que *Las tribus del Magdalena* tiene temas y vocabulario científico, pero, antes que un texto científico asido a la antropología, la geografía, la etnología, la historia, es un reclamo por el trato que desde la Colonia se ha procurado a los indígenas del Magdalena. Veamos lo que dice Isaacs en otro lugar:

La conquista de los iberos en América quedó interrumpida desde que no hubo tesoros inmensos como estímulo de los expedicionarios pertinaces, y desde que las riquezas del botín de medio siglo debilitaron en la molición y viciosa holganza a los bravos capitanes que habían sobrevivido.

Está pues por concluir, hoy, a fines del siglo XIX, la obra realmente cristiana, de justicia, de amor, humanitaria y de reparación que se dejó en comienzo apenas al terminar el siglo XVIII (68).

El tono del reclamo erigido por Isaacs se consolida cuando, para terminar el apartado VI, profiere la siguiente sentencia respecto a su trabajo: “ellos [los indígenas de la zona estudiada] son el objeto

6 “Entretanto los judíos holandeses de Curazao se han adueñado del comercio de Riohacha, y con esta llave han monopolizado el de la Goajira, explotando a aquellos indígenas sin llevarles en cambio ningún principio de cultura social. ¡Ojalá que los daños que causan esos despiadados traficantes se redujesen a la corrupción del nativo idioma, único perjuicio que deplora el señor Isaacs!” (Caro, “El darwinismo...” 1085).

principal de este trabajo, pequeña parte del que exigen, obligado y por honra del país, los 400.000 indígenas que en completo estado de barbarie, sin estímulo alguno civilizador, sin oír tiempo há (sic) la voz de un misionero cristiano, habitan los desiertos de la Nación”.

En el apartado VII el autor se sumerge en discusión con otros escritores en torno a la pregunta por el origen de la Sierra Nevada de Santa Marta. Aquí indaga sobre si este es un sistema montañoso independiente de la cordillera de los Andes o parte de la misma. Pero, no obstante el carácter técnico de su indagación, en dos momentos diferentes del mismo apartado Isaacs hace afirmaciones que van más allá de los límites del discurso científico. El primer momento está, justamente, en medio de los argumentos históricos y geológicos que muestran que entre la Sierra Nevada de Santa Marta y los Andes había mar. En este punto Isaacs pone una cita de José Nicolás de la Rosa, cuando explica las costumbres de los colonizadores, y dice que ellos fomentaron el buceo en “el Río de el Hacha” para extraer perlas y llevarlas a España, “más o menos lo mismo que ahora hace el gobierno” (77).

El segundo momento es el cierre del texto, allí Isaacs presenta los riesgos que corre la región, pues el mar está volviendo sobre los terrenos que abandonó entre la Sierra y los Andes, problema que afectará en particular a Riohacha, a Santa Marta, a “la pintoresca región de la Ciénaga”, a Cartagena y a San Juan de la Ciénaga. Este retorno se debe a la acción volcánica y “es muy posible que en el transcurso de ochenta o cien años, apenas queden vestigios de estas poblaciones, y que las naves de alto bordo suelten sus anclas en el sitio donde hoy se halla la ciudad que fundó Rodrigo de Bastidas”. Por ello “no puede la Nación abandonarles a los abismos del mar” (82).⁷

Finalizando la primera parte, Isaacs revisa los aspectos geográficos de la zona, pero, antes de dar punto final al asunto, se detiene de nuevo, primero en los límites del territorio, para proponer una nueva división política y solucionar de una vez el problema limítrofe con Venezuela. Segundo, dirige su atención a los sacerdotes que trataron de administrar las poblaciones de la Sierra Nevada

⁷ Además de sus reclamos, Isaacs señala algunas obras que se podrían realizar para evitar que se pierda San Juan de la Ciénaga, y sugiere el traslado de Santa Marta y Riohacha.

de Santa Marta (San Antonio, Espíritu Santo y la misión de Marauyén), en particular a la misión de Marauyén, pues fue abandonada en 1873 y retomada por unos monjes holandeses en 1879, que dejaron la obra al año siguiente, y posteriormente por el presbítero Rafael Celedón. Este último, además de la falta de apoyo de la diócesis, llegó a una zona que no era adecuada para su tarea, por la falta de agua potable, sumado esto a que los métodos de catequización que empleó no fueron los adecuados y a que los nativos de la zona “siempre habían rechazado o recibido con befa y desdén a los misioneros católicos” (85). Por último, Isaacs se detiene en la cuantificación de la población de indígenas y civilizados (estos últimos, según él, llamados así por falta de otro nombre), compara las cifras de los libros examinados y nota que la cifra está inflada:

Y aquí es obligatorio explicar por qué motivo se ha exagerado desde 1871 hasta hoy el número de habitantes civilizados, o no salvajes por completo, que habitan en los Territorios de la Guajira y de Nevada y Motilones. En Tesoro de la Unión costea desde entonces, por cada territorio, un Comisario, especie de Representante que concurre a la Cámara Nacional de Diputados, con voz y voto en los asuntos relacionados con el respectivo Territorio. Estos Comisarios reciben viáticos y dietas como Representantes de la República. Háse convertido pues en un empleo lucrativo y honorífico la representación de indígenas: las cábalas y las prestidigitaciones en la farsa del sufragio popular, son también de provecho y usanza en las regiones salvajes del país (88).

Además del problema económico que señala Isaacs, se encuentra el electoral, pues, según él, no existe ni siquiera un centenar de indígenas que conozca el sistema de sufragio. Por eso termina esta sección diciendo:

En justicia y sana razón esto debe terminar, y es humanitario y decoroso e imprescindible que el país adopte otro sistema, fácil y económico, en todo lo relativo a la administración de aquellas secciones. Devolvérselas al Estado del Magdalena, como desde 1880 lo indican los Secretarios de Gobierno en sus

memorias, es triste confesión de impotencia o de ineptitud que no honra al Gobierno de la República (89).

Aun con las extensas reflexiones sobre orografía, cartografía, geología, demografía, geografía e historia, no parece que Isaacs hablara para científicos. Incluso en el primer párrafo del texto, en el apartado titulado “Preliminar”, afirma: “La que pide este trabajo, que doy a la prensa con justificable timidez, será lectura inútil para los etnógrafos y arqueólogos que le dediquen alguna atención en otros países de América, si él merece tal honra”. Se trata, más bien, de un escrito con un cariz político bajo la forma de la denuncia, un escrito que se legitima en la dispendiosa revisión bibliográfica y la observación realizada por el mismo autor.

Ante la denuncia y las diferentes estrategias de legitimación, estrategias de tipo científico, ¿qué hace Caro? Refutar la calidad científica y la crítica al clero. ¿Qué logra Caro? *Politizar* el trabajo de Isaacs, es decir, hacer del mismo un trabajo prosaico y herético, mostrar el escrito como ciencia de muy poco nivel, dogmática y fanática, además de anquilosada y sin rigor. Al señalar los “defectos del texto”, al mostrar el trabajo como científicamente defectuoso, Caro logra hacer a un lado las fuertes objeciones que Isaacs dirigió contra el gobierno de Núñez y además respalda el proyecto nacional justo un mes después de la firma de la Constitución que durante más de un siglo regirá los destinos de Colombia⁸—esto puede explicar por qué Caro publica su extensa diatriba antidarwinista hasta dos años después de publicado el trabajo de Isaacs *Las tribus indígenas del Magdalena*.

De nuevo, ¿qué es politizar un texto? Desconocer su multiplicidad y reducirlo a un tema, a una posibilidad de lectura para hacer a un lado sus argumentos y concentrarse en un pequeño espectro de resultados. Para politizar un escrito no se tiene que mentir sobre el mismo, solo se requiere limitar su campo de acción con el fin de mostrarlo como una trivialidad, algo pueril, retrógrado, muy religioso o antirreligioso.

8 La primera entrega del texto de Caro se hizo en septiembre de 1886 y la firma de la Constitución de 1886 se hace el 4 de agosto.

A continuación volveremos al trabajo de Isaacs para mostrar por qué la diatriba antidarwinista de Caro no solo, primero, aprovechó el escrito para defender el proyecto político que un mes atrás había alcanzado uno de sus objetivos centrales: la firma de la Constitución Política de 1886. Además de, segundo, sacarle partido al trabajo de Isaacs para exaltar la labor del clero en Colombia—no olvidemos que el concordato se firma en 1887, año en que Caro publica la segunda parte de su escrito dedicada a las misiones religiosas en Colombia—. La cuestión es la siguiente: cierto que Caro defiende unos intereses particulares: un gobierno, una religión y una tradición (la española), pero, tercero, él se dirigió contra un proyecto intelectual que atacaba las bases del suyo, su más profunda convicción: la certeza de que en el futuro espera la *unidad* de una apuesta bimilenaria que ha encontrado su fuerza de integración en el cristianismo y en una tradición que viene desde Roma, pasa por España y llega hasta América.

Providencia vs. territorio, unidad vs. indiferencia

En la segunda sección de *Las tribus indígenas del Magdalena* Isaacs retoma las objeciones a la gestión colonizadora, pero en un tono más enérgico y desde una perspectiva histórica:

En lo tocante a la historia de las tribus que subsisten en la región descrita y de las refundidas en ellas, o aniquiladas por crueldad o incuria de los gobernantes españoles, no basta un bosquejo aquí, y solo detalles sobre sus costumbres, índole, rasgos fisonómicos, etc., irán bien al contraerme a las diversas agrupaciones indígenas, según el itinerario de los viajes que hice en el país.

Mas no es acertado tomar punto cronológico de partida en 1499, en que Alonso de Ojeda descubrió al regreso del golfo de Paria costas de la península Guajira; desconociéndose, o así desestimadas las verdaderas causas de errores y crímenes futuros, inexplicables habría de ser ellos al estudiar de 1526 a 1577 el cuadro horrorizador de la conquista en aquellas comarcas; y forzoso es también investigar en edades prehistóricas cuanto sea posible (91).

No basta describir el cuadro horrorizador, este debe ser explicado. De allí que Isaacs se remita hasta

la vida de Colón y su tiempo para explicar el porqué del sufrimiento infligido a los indígenas del Magdalena. Con este objetivo, Isaacs presenta la España de los tiempos de Colón y distingue dos tipos de conquistadores que llegaron a América. El procedimiento de Isaacs consiste en presentar lo que a sus ojos eran las novedosas y aclaradoras tesis del reciente trabajo de Tomás Rodríguez Pinilla (1884) publicado en Madrid y titulado: *Colón en España. Estudio histórico-crítico sobre la vida y hechos del descubridor del Nuevo Mundo, personas, doctrinas y sucesos que contribuyeron al descubrimiento*. A diferencia de lo que, según Isaacs, solía afirmarse en esos días, Rodríguez afirma que en la Universidad de Salamanca no hubo un acuerdo respecto a la inadecuación o locura de un viaje como el que Colón emprendería desde Palos de Moguer. Del mismo modo, en la corte, cortesanos y consejeros del rey se dividieron al respecto de los pro y los contra de una aventura semejante. Isaacs insiste en este tema para encontrar los argumentos que justifiquen su división de los personajes que intervinieron en la Conquista:

Solamente los altos y selectos espíritus de la nación española podían comprender y secundar las aspiraciones y anhelos de Colón. La mayor parte de la nobleza y del clero, el vulgo reacio, la masa ciega, sorda e inerte cuando se trata de que la humanidad divise horizontes que le son desconocidos y avanza en su senda tortuosa, creían aventurero demente al anunciador de la tierra prometida y no tuvieron más que altivo desprecio y escarnios para él. Pero como de ordinario sucede, el buen éxito, el imposible éxito, convirtió en fervorosos glorificadores del audaz marino a los incrédulos y ortodoxos intransigentes de los días de lucha y prueba; y ellos habían de ser los exploradores aprovechados de las riquezas conquistadas, y los poderosos en la dispensación de títulos y honores a los capitanes de las conquistas; ellos, los crueles aniquiladores de las tribus indígenas, y ellos, en fin, los que cargaron de cadenas, y de dolor y en angustiada pobreza hicieron morir al hombre que tamaña gloria y montes de oro ganó para la nación española; y se les negaron a los hijos de la víctima hasta los derechos garantidos solemnemente con la firma de Fernando, el ingrato Rey (Isaacs 99-100).

Isaacs presenta, pues, dos tipos de agentes, aquellos dispuestos a asumir las dificultades de la novedad

—los héroes, en el relato de Rodríguez Pinilla— y otros dispuestos a rechazar cualquier opción de cambio, pero que usufructúan los resultados que ofrecen los nuevos horizontes una vez han sido delimitados. En este punto, el tono político del texto de Isaacs aumenta:

Los primeros colonos españoles en la isla de Haití —hidalgos vanidosos los más, propensos a la holgazanería a título de nobleza, y sí enérgicos y osados para la insubordinación que rompía los diques de su libertinaje, latrocinios y lujuria— dieron la muestra de lo que las otras expediciones hasta finales del siglo XVI podían prometer y enseñan por qué fue de avaricia y de exterminio, de indolencia y fatal, la obra de muchos misioneros católicos, entre los cuales resplandece, para vindicación del cristianismo, la memoria de algunos, abnegados hasta el martirio, inquebrantables y verdaderos apóstoles de caridad (100).

La exposición que hasta aquí ha hecho Isaacs tiene dos finalidades, mostrar que no son ni la Iglesia, ni el cristianismo los responsables de los eventos que arrasaron con las tribus del Magdalena, sino que fueron muchos de los personajes que intervinieron en la Conquista los que condujeron a mal término la colonización. Además, y en la misma línea de este señalamiento, dice Isaacs:

Esta exposición, ya lo he dicho, era oportuna a fin de estimar y conocer en algunas de sus manifestaciones el espíritu de la época, sin lo cual aparecerían extraños y en cierto modo incomprensibles los desaciertos, odios recíprocos y crueldades de los conquistadores en nuestra costa atlántica, y la falta de unidad y alteza de miras en la obra, que a no ser así, habría sido menos desastrosa para las tribus aborígenes, y menos infecunda también (108).

Se trataba, pues, del espíritu de la época, claro que, según el mismo Isaacs, Colón no hubiera querido tales desastres ocurridos en América y, en particular, con las tribus de la Costa Atlántica; además:

Respecto a los sacerdotes que con los expedicionarios venían, eran hombres como ellos, de la misma raza, de la misma época; y sin embargo, de prodigios de abnegación y de virtud fueron capaces algunos. Y asimismo destacan en el conjunto de los conquistadores y gobernantes, sin referirme a los de otras

regiones de América, Vasco Núñez de Balboa, Francisco César, Rodrigo Bastidas, Alonso Martín, Gonzalo Jiménez de Quesada y Lope de Orozco, aunque haya manchas sangrientas en las biografías de los dos últimos (112).

En resumen, según Isaacs, fue el espíritu de la época lo que dividió a los iberos en dos tipos de conquistadores y fue la preponderancia de uno de los tipos lo que produjo el cuadro horrorizador. No obstante esa preponderancia, también dejaron grandes triunfos para América y, claro, para España, pues luego de su lucha con los moros, los españoles asumieron la tarea de cambiar el orden y fronteras del mundo. Por aquel entonces, dice Isaacs, España era grande y temida; y continúa:

El oro de América que en cantidades fabulosas recibió años y años, fue funesto a sus glorias y preponderancia industrial, por inexorable ley, y sus colonias americanas hubieron de sufrir los efectos de la decadencia y sopor de la metrópoli: de otra suerte, quizá poseyera todavía los dominios que en este hemisferio perdió, si es que no les era necesario a las naciones independientes hoy en la América Latina, avanzar desde los albores de esta centuria hacia los remotos destinos que deben cumplir en lo futuro (113).

Avancemos rápidamente para luego volver sobre los argumentos de *Las tribus indígenas del Magdalena*. Isaacs dividió a los españoles colonizadores en dos tipos, héroes y villanos. Además, redujo el número de los héroes en el relato colonial: Colón, algunos misioneros y unos pocos conquistadores, un puñado de hombres incapaces de contener la ira y avaricia de sus contemporáneos, dominados por el espíritu de su época. Asimismo, Isaacs exalta a Cristóbal Colón y lo señala como un incomprendido, un hombre más allá de su tiempo, capaz de aceptar la fuerza que la *novedad* aún no testimoniada le imprime al presente⁹ —aquello que no aceptaron sus contemporáneos—. Estas afirmaciones indirectamente muestran que, por

lo menos en algunos casos, la *tradición* no es el único bastión sobre el que ha de erigirse el futuro.

El valor que Isaacs asigna a la novedad deja ver uno de los más grandes peligros de su reflexión, a los ojos de Miguel Antonio Caro. Tal peligrosidad es en apariencia inexistente, pues parece que Isaacs sólo ha descrito la situación de Colón, pero Caro ve el ataque a la tradición, que se suma a la presentación de la gestión española que Isaacs ha vituperado. Caro detecta la lucha contra una tradición y todo lo que ella enseña, y nota que esto no es más que un rechazo directo a las razones que lo inclinan a defender su proyecto nacional-centralista y, más aún, su proyecto internacional vinculado a la tradición española (que comienza en el Imperio Romano), el idioma heredado (y sus raíces latinas) y, por supuesto, el cristianismo (la fuerza de integración).

Con la lengua de Castilla se ha verificado un fenómeno que no tiene ejemplo en la historia: que habiéndose extendido por derecho de conquista a remotos y dilatados territorios, ha venido a ser lengua común de muchas naciones independientes. De ser hermanas blasonan las Repúblicas de la América Española, y ora amistosas, ora sañudos sus abrazos, serán siempre, si en paz, hermanas, y si en guerra, fratricidas; anverso y reverso de un parentesco fundado en una común civilización, y estrechado por vínculos de los cuales la unidad de la lengua no es el menos poderoso (Caro, "El uso", 66; énfasis agregado).

Estas y otras razones, para Caro objetivas (Caro "La conquista"), hacen de España y del cristianismo un gran proyecto al que las naciones de América por derecho de conquista y fuerza de tradición deben vincularse,¹⁰ es decir, la tradición que hermana a estas naciones no está instalada en el territorio americano, esa tradición es la que históricamente se concentró en España, se cristalizó en su lengua e instituciones, se mantuvo unida durante casi dos milenios gracias al cristianismo.¹¹ Para el proyecto intelectual defendido por

⁹ Un tema polémico, pues una de las razones que condujeron a Caro a rechazar la literatura romántica tiene que ver con el explícito distanciamiento de los románticos respecto a la tradición literaria. Análogamente, Caro desconoce las tesis de Darwin, porque, según él, no existe ni existió en alguna cultura una prueba, un vestigio que conecte al hombre con el mono, no hay un solo relato mítico que retenga tal información, nada en las tradiciones indígenas del mundo lo afirma. En ambos casos, una de las objeciones más enfáticas a románticos y darwinistas consiste en que pretenden la novedad absoluta.

¹⁰ Véanse artículos como "El veinte de julio", "Historia novelesca", "Ricardo Parra y sus pronósticos", "La Conquista", "Memorias del General posada. Ojeada a los orígenes de nuestros partidos políticos", "Historia y filosofía" y en general sus reflexiones sobre historia (Caro *Artículos*); los artículos aquí mencionados se encuentran en periódicos como *El Tradicionista*, *Repertorio Colombiano*, *El Conservador* (Caro *Artículos*).

¹¹ "El catolicismo es el árbol que vive y florece alimentado por la savia sobrenatural, y que las sectas disidentes son las ramas que se secan y muren desgajadas del tronco materno" (Caro, "La Conquista" 235).

Miguel Antonio Caro, tales ideas eran el fundamento axiomático de su trabajo, un fundamento que él consideraba empíricamente evidente y explicable, algo que la ciencia de la historia estaría en la obligación de mostrar (Caro “La conquista” 235). A continuación señalaré cómo el problema que Caro debió enfrentar con el trabajo de Isaacs va mucho más lejos del rechazo a una tradición y cómo ese trabajo toma forma de propuesta para comenzar a ubicar y estudiar una tradición propia, una que se relaciona con el territorio americano¹².

Una vez reconstruida la historia de Colón y del descubrimiento, con el fin de mostrar por qué fue tan brutal el trato que se les dio a los indígenas de América, Isaacs busca reconstruir la historia prehispánica de las tribus objeto de su estudio. Para hacerlo señala que el trabajo no pudo llegar más lejos, pues, además de afrontar los obstáculos puestos por el gobierno, que ya comenté, la furia de las espadas españolas no permite dar buena cuenta de lo que fueron las agrupaciones prehispánicas, y que, además, las mismas espadas postraron a los indígenas de la zona en una inexorable decadencia de la que aún, con la complicidad del gobierno, son víctimas. Por lo anterior, dice Isaacs que el criterio comparativo entre lo que fueron y lo que son es inútil. De allí también que sean inútiles otros criterios:

Los antropólogos y sociólogos, que hacen diversas clasificaciones de razas, explican a su manera la victoria inevitable de las unas sobre las otras, y la extirpación o absorción de las razas vencidas. Ello será muy científico, mas la historia que tales asertos pudiera justificar, demuestra a lo sumo que la humanidad ha estado muy distante, casi tanto en los últimos siglos como hoy, del perfeccionamiento o selección que alcanzará algún día, remoto tal vez. Entre tanto, a despecho de la doctrina redentora del Cristo, la fraternidad humana, síntesis de todo progreso sobre la tierra, es una utopía (114).

En las edades anteriores a la época en que los primeros expedicionarios europeos llegaron a nuestras costas, ¿qué es posible investigar en lo relativo a la historia de las tribus que estudio? Vagas tradiciones, algunos débiles rayos de luz a

¹² Fue gracias a una conversación con Amada Carolina Pérez, profesora del departamento de Historia de la Universidad Javeriana, como pude hacer visible la conexión entre las reflexiones de Jorge Isaacs y el territorio americano.

distancias indecisas en casi profundas tinieblas: hé (sic) aquí todo (115).

Sobre un panorama tan pesimista, y fundado en la experiencia y la autoridad, Isaacs presenta lo que le contaron los sacerdotes businkas de la Sierra Nevada de Santa Marta y la confirmación de sus observaciones por el presbítero Filiberto Themos, del que afirma: “viajero doctísimo que acaba de estudiar las antigüedades de Méjico y de Centro-América”. De nuevo, pero brevemente, Isaacs hace un balance de los estudios existentes sobre el tema y comienza a establecer lo que parece ser el objetivo principal de su relato: trazar una posible historia común de los pueblos americanos. Para cumplir tal pretensión repara en la similitud de la joyería (118), el ropaje (121), las regularidades en las distintas lenguas de los nativos de diferentes regiones de la América española (122), y afirma:

Cuando estuve entre los Chimilas, no me hallaba persuadido aún de lo que importa el conocimiento y análisis de la numeración en los idiomas americanos para deducir el origen o tronco primordial de algunas tribus y las relaciones que tuvieron en tiempos remotos. La denominación de los números tiene de suyo forma invariable, por muchos motivos que estaría de sobra expresar, y casi puede decirse que, conocida exactamente la numeración de varias nacionalidades indígenas, a un etnógrafo práctico le sería dable indicar con certidumbre si entre ellas hubo relaciones en tiempo más o menos lejano (123).

El tema de la numeración lo desarrolla brevemente en la nota al pie 53 y continúa examinando algunas de las raíces de los nombres empleados por las diferentes tribus hasta la página 126. Todo esto con el fin de probar que las tribus que constituyeron lo que luego llamará la Nación Guajira no son de la región.¹³ Después de explicar estos y otros asuntos similares, Isaacs se aventura a afirmar lo siguiente:

Remontemos cuando sea dable investigarlo de qué regiones de América vinieron los inmigrantes cuyos descendientes se hallaban en las Antillas y en nuestro litoral Atlántico al empezar la conquista, incluyendo las tribus subsistentes hoy

¹³ Además retoma un mito de la región para certificar sus datos y explicar otras costumbres de los habitantes de la zona (Isaacs 126-127).

en el macizo de la Nevada, y la nación de los taironas extinguida a mediados del siglo XVII en su lucha valentísima con la raza conquistadora (130).

Así, tras muchas relaciones, sobre todo las que tienen que ver con regularidades idiomáticas, y respaldado en los juicios de Arístides Rojas, del coronel don Antonio de Alcedo, el presbítero Rafael Celedón, el conde de Nadaillac (al que Caro llama marqués) Isaacs muestra la formación de lo que él denomina la Nación Caribe. También, a través de las múltiples coincidencias entre las raíces de palabras usadas por diferentes tribus de América, afirma:

Aunque no rigurosamente exacta la observación, sí demuestra o permite inferir que hubo en lejana época relaciones entre los cumanagotos y la parcialidad caribe de la cual descienden los guajiros, lo que no tiene nada de extraño; antes bien confirma el concepto que emití al principio acerca de la vía que siguió en sus migraciones y conquistas esa última tribu; y a ser posible un estudio comparativo y atento del lenguaje de las dos, la identidad quedaría seguramente comprobada, o por lo menos, semejanzas numerosas (139).¹⁴

Este tipo de reflexiones, llenas de detalles y narraciones míticas, además de explicaciones muy elaboradas, van hasta el final del documento de Isaacs. En ellas, el escritor colombiano combina el esfuerzo por trazar una historia común de los pueblos de la América prehispánica, la motivación permanente para que otros lleven a cabo esa tarea y una queja sobre la escasa seriedad con que se han hecho muchos de los trabajos de americanistas. Así, el cariz político del texto, tan claro en la primera parte, parece diluirse en un sin fin de elucubraciones, exhortaciones y reclamos. En particular, porque el texto de Isaacs no tiene un cierre, ni siquiera termina de presentar sus argumentos, tampoco recoge lo dicho ni precisa una conclusión definitiva.

Y no obstante la indefinición del trabajo de Isaacs, su tarea queda terminada, o comenzada, pues él no pretende en ningún momento ser conclusivo, es más, por eso las elucubraciones, exhortaciones y reclamos. La tarea de Isaacs no es otra que hacer

unos señalamientos: mostrar el olvido de las tribus del Magdalena desde la Colonia hasta el gobierno presente; señalar la falta de inversión en infraestructura, que ha sumido a la región en la pobreza y la “barbarie”; recordar que el pasado de estas tribus está plagado de historias violentas y falta de apoyo; finalmente, mostrar que existe un origen, paralelo a la historia del cristianismo descrita y defendida por Caro. El origen que Isaacs presenta hace viable una historia alternativa de naciones enteras formadas sin el influjo de la religión romana y la lengua de España, culturas completas y sólidas que por el maltrato de los españoles y el descuido de los gobiernos republicanos perdieron toda posibilidad de avance.

Ya se puede ver el doble efecto del texto de Isaacs. Por un lado, ataca las políticas con que los gobiernos de su tiempo se ocupan de poblaciones indígenas del Magdalena; por otro lado, rechaza el trabajo de los españoles en estas tierras, su labor como conquistadores y como misioneros, echada a perder por el espíritu de época. Ya se pueden comprender, además, las razones que llevaron a Miguel Antonio Caro a rechazar de plano la apuesta de política de Isaacs: este criticaba al gobierno nacional que el mismo Caro representaba —más aún ahora que había redactado la recién aprobada Constitución de 1886— y denigraba de la gestión española en América. Como si fuera poco, la apuesta de Isaacs toca en el nervio más sensible las reflexiones de Miguel Antonio Caro: el origen único que define un solo destino a toda la humanidad o por lo menos a todos los pueblos de la América española:

La conquista de América ofrece al historiador preciosos materiales para tejer las más interesantes relaciones; porque ella presenta reunidos los rasgos más variados que acreditan la grandeza y poderío de una de aquellas ramas de la raza latina que mejores títulos tiene a apellidarse romanas: el espíritu avasallador y el valor impertérrito siempre y donde quiera; virtudes heroicas al lado de crímenes atroces; el soldado vestido de acero, que da y recibe la muerte con igual facilidad, y el misionero de paz que armado sólo con la insignia del martirio domestica los hijos de las selvas; el indio que azorado y errante vagó con los hijos puestos al seno, o que gime esclavizado por el duro encomendero; el indio cantando en sublimes versos por un poeta aventurero, como Ercilla, o

¹⁴ Luego trazará el origen del grupo y la denominación del mismo que hoy se reconoce como los motilonos.

defendido con arrebatada elocuencia en el Consejo del Emperador por un fraile entusiasta como Las Casas, o protegido por leyes benéficas y cristianas, o convertido a la de amor y justicia por la paternal y cariñosa enseñanza de religiosos Dominicos o Jesuitas: la codicia intrépida que desafiando la naturaleza bravía corre por todas partes ansiosa de encontrar el dorado vellocino; y la fe, la generosidad y el patriotismo que funda ciudades, erigen templos, establecen casas de educación y beneficencia, y alcanzan monumentos que hoy todavía son ornato y gala de nuestro suelo. Singular y feliz consorcio, sobre todo, aquel que ofrecen la unidad del pensamiento y uniformidad del sistema de colonización, debido a los sentimientos profundamente católicos y monárquicos de los conquistadores y el espíritu caballeresco, libre y desenfadado, hijo de la Edad Media, que permite a cada conquistador campar y ostentarse en el cuadro de la historia con su carácter y genialidad propios (Caro, "La Conquista" 221-222).

Punto por punto, la propuesta de Isaacs choca con la de Caro. Este defiende la tarea colonial de cabo a rabo ("salvo un periodo breve de anarquía e insurrecciones que siguió inmediatamente a la conquista"; Caro "La Conquista" 222) y también exalta la labor del clero y de los conquistadores; se maravilla ante el trato que los españoles dieron a los indígenas, como si se contara un relato épico; disfruta el espectáculo de unidad brindado por el peso de una tradición que viene desde Roma, pasa por la Edad Media y llega hasta España, para continuar su desarrollo en América. Isaacs, por su parte, vitupera a la gestión colonizadora; le reclama al clero su falta de acción y a los conquistadores su violencia; desprecia el trato que se les dio a los indígenas; vislumbra las virtudes de la novedad radical, y rechaza la idea de que la tradición americana sea la que viene de España.

Se puede apreciar que, además de los reclamos al gobierno, son muchas las razones que obligan a Caro a tomar distancia del trabajo de Isaacs,¹⁵ hasta el punto de ocultar toda la energía del mismo en un ejercicio de politización que reduce su

¹⁵ Digo que se vio obligado, porque la forma de la argumentación de Isaacs era inaceptable para un proyecto intelectual como el que Miguel Antonio Caro defendía. No se trata de un simple recelo, no se puede olvidar que Isaacs y Caro fueron grandes amigos, e incluso se pueden ver algunas cartas entre ellos en las carpetas del archivo Miguel Antonio Caro del Instituto Caro y Cuervo. Véanse: carpeta 10, carta de Jorge Isaacs a Miguel Antonio Caro en inglés, el 24 de febrero de 1867; varias cartas de Isaacs a Caro, en el año de 1868, a propósito de *La María*; y Jorge Isaacs se dirige a Miguel Antonio Caro Bogotá 1880; no encontré cartas posteriores a este año.

trabajo a un agravio religioso de tinte herético y a un artículo de ciencia de dudoso pelambre. El estudio emprendido por Isaacs, ya lo dije, busca resaltar la historia propia de las tribus americanas y establecer un origen independiente de España. Un elemento que contradice explícitamente los esfuerzos de Miguel Antonio Caro, pues la presentación que hace Isaacs es la de otro recorrido histórico, uno propio de América, pero no el recorrido que está marcado con el signo de la fuerza de la Providencia y de los éxitos a lo largo y ancho de la tierra, además del reconocimiento que científicos han hecho, sino un recorrido histórico que se inscribe en un territorio. Es decir, *Las tribus indígenas del Magdalena* toma distancia de los goznes sobre los que Caro articula sus escritos, y por ello, para Caro, más vale silenciarlo a través de la politización, antes que darle algún valor a tales argumentos, sobre todo cuando, por esos días, se aprueba un proyecto constitucional inspirado en valores hispánicos, una Constitución que comienza sus páginas diciendo: "En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad" (*Constitución* 3).

No debemos apresurarnos, no debemos dejar que este tipo de explicaciones fáciles borren el problema de fondo. Ciertamente que el texto de Isaacs ataca las bases del proyecto nacional que suele llamarse Regeneración, cierto también que los dos años que van entre la publicación del escrito de Isaacs en los *Anales de Instrucción Pública* y la respuesta de Caro coinciden con la publicación de la Constitución de 1886 y que la segunda parte de esta respuesta coincide con la firma del concordato, sin embargo, una coincidencia temporal no hace una explicación. Mi interés, más que buscar intenciones ocultas en acciones que podrían deberse solo a la coincidencia, es señalar que la diatriba antidarwinista de Caro trata de defender el juego de relaciones de sus enunciados, garantizado por la solidez científica que le proporciona la imagen de una tradición, una historia, una lengua y, por supuesto, una religión. En otros términos, Caro intenta defender la formación discursiva que hace posible y legítima su actividad como escritor, sus argumentos y sus apuestas políticas y religiosas. Me concentraré brevemente en este asunto.

La defensa de Miguel Antonio Caro es la defensa de la unidad que garantizan la tradición, la historia, el idioma y la religión. Una defensa que no es arbitraria, pues para el mismo Caro la unidad puede ser probada por la ciencia, siempre y cuando ella respete dos principios fundamentales: un *criterio cuantitativo* y un *deber del investigador*. En su texto “La conquista”, Caro presenta ambos aspectos del saber científico, el criterio y el deber, a propósito de su discusión con Macaulay y otros historiadores de lengua inglesa.

[Macaulay] No quiso ver, o su orgullo nacional le vendó los ojos para que no viese, que el consabido sufragio del público leyente de todos los países a favor de la historia de nuestra América, comparada con la usurpación de la India Oriental, siendo, como es, voto general y unánime, no ha de graduarse de caprichoso y necio, antes hay que reconocer que se apoya en razones poderosas, y al crítico en casos tales no incumbe ensayar refutaciones de la opinión universal, sino desentrañar y descubrir los motivos y fundamentos que la explican (Caro, “La Conquista” 171-176).

Esta cita muestra los dos aspectos determinantes de la forma como Caro realiza sus valoraciones de los historiadores extranjeros: por un lado, el “voto general y unánime”, la “opinión universal” que garantiza la verdad del hecho que se observa; por otro, la tarea del investigador, ir más allá de la evidencia y buscar aquello que es fundamental: *los motivos* que los datos empíricos por sí solos no manifiestan.

El primer aspecto tiene que ver con un criterio estrictamente cuantitativo, con la relevancia que Caro les da a la *generalidad*, a la *fuerza*, a la *duración*, a la *capacidad de integración*. La *opinión universal* muestra la verdad, una que debe explicarse y no refutarse, pues ya está dada de hecho. También muestra la verdad, la *fuerza de una raza* que con su empuje descubre nuevos puertos. Asimismo, muestra la verdad, la *duración de una tradición milenaria*, la más larga de todas, esa que comienza en Roma, pasa por España y termina en América. Junto a esa tradición, en último lugar, muestra la verdad, la *unidad y consistencia que presenta el catolicismo*, pues esta religión fortificó el Imperio Romano, el reino español y, ahora, los destinos de América.

El segundo aspecto que determina las valoraciones que Miguel Antonio Caro hace de los trabajos de los historiadores foráneos es la exigencia que le impone al investigador. A este “no [le] incumbe ensayar refutaciones de la opinión universal, sino desentrañar y descubrir los motivos y fundamentos que la explican”. Es muy simple, la opinión universal es un hecho dado y por ello mismo debe seguirse. Veamos un ejemplo: la caída de un objeto. Ante un hecho de este tipo la actitud de un investigador no puede ser la de explicar que los objetos no se caen o que no deberían hacerlo, sino la de averiguar por qué los objetos se caen. Establecida la causa, podríamos verla como un efecto y poner antes de ella una nueva causa, pero ¿qué está antes de los hechos? ¿Otros hechos que han sido la causa de aquellos? Puede ser, pero si pretendemos explicar todo de manera causal,¹⁶ se cae en la argumentación al infinito; además, según Caro, el dato empírico no genera normas, no muestra el valor que lo trasciende y lo justifica: “los hechos solos, si no se relacionan con la libre voluntad de los hombres, ni se explican ni excitan interés”.¹⁷

En la definición de ciencia que sigue Caro, son fundamentales el deber del investigador y el criterio cuantitativo. Deber y criterio se unen para mostrar verdades, legalidades, direcciones temporales; en el caso de la Historia, con el deber se evita lo que Caro considera el desacierto de Macaulay: tratar de refutar la opinión generalizada. Salvado el escollo, la Historia tendrá que buscar los datos empíricos que muestren con todo rigor a los más fuertes, a los que han tenido una duración prolongada y la mayor unidad y consistencia: el catolicismo, defendido por la raza latina por más de dos mil años y consumado en el reino de España, reúne, según Caro, tales características. Estos elementos definen una historia, una extensión territorial y unas formas morales y legales que lo ratifican.

Cabe subrayar que la rigurosidad científica está de por medio en la propuesta de Miguel Antonio

16 Se pueden buscar los argumentos de Caro contra el principio de causalidad en varios de sus textos: “El darwinismo y las misiones”, “El estudio sobre el utilitarismo”, “Los elementos de ideología del Conde Destutt de Tracy” y “Del uso y sus relaciones con el lenguaje” (Caro Obras).

17 “Memorias histórico-políticas del general Posada” (Caro, *Artículos* 257).

Caro, la forma en que este comprende la labor del investigador es una prueba de la verdad que defiende —sobra decir que esta verdad es relativa a la formación discursiva en que se inscribe—. De allí que reducir su trabajo a una simple hispanofilia no sea más que una repetición irreflexiva de lo que Caro dice, una repetición que no entiende que, si es España, lo es por la fuerza de su raza, la magnitud de su imperio, el respaldo religioso; lo mismo ocurre cuando se le tacha de católico ortodoxo y se dice que defiende a capa y espada la religión. Y en sus textos se puede ver el ahínco de las defensas, pero no se entiende que, si es el catolicismo, lo es por la durabilidad y generalización de sus principios. No se trata, pues, simplemente de un dogmatismo cerril; de ser así, cómo entender las siguientes frases: “No hubiera necesitado BELLO, para acatar la religión católica que profesaban sus compatriotas, profesarla él mismo; bastábanle los sentimientos de patriotismo y de justicia y las consideraciones sociales que constituyen la religión del respeto... Para proclamar estas verdades no necesitaríamos ser católicos, nos bastaría no ser ateos”.¹⁸

Entonces, no se trata sin más de defender el catolicismo o el amor por España o la devoción hacia la literatura clásica. En los escritos de Miguel Antonio Caro se pone en juego una noción del transcurrir histórico que en el discurso científico de la historia debe manifestarse a través de la potencia de los elementos que la constituyen. Tal potencia se percibe a partir del criterio cuantitativo, que si es respetado por el investigador, saldrá a flote y mostrará el valor de lo observado, es decir, su verdad. De allí que la historia de América resulte de tanto interés, pues no hay, según Caro, mayor potencia en otro proceso universal que el presentado por su pasado, su lengua, su raza (la conquistadora), la extensión del imperio y, por su puesto, su religión.

Lo anterior hace visible por qué el buscar un origen diferente al español, fundado en el territorio americano, con una tradición americana y no ro-

¹⁸ “Centenario de Bello” (Caro, *Artículos* 301). Aunque las formas institucionales, en este caso, la Iglesia Católica, son determinantes en el proyecto intelectual de Caro, no se trata simplemente de defenderlas sin más. Más bien se trata de incorporar dentro de un gran movimiento de unificación todo aquello que sincronice con el mismo, y para tal sincronía deben cumplirse algunos requisitos, por ejemplo, “no ser ateos”.

mana, lejos del cristianismo y de la lengua de España, es un ataque directo contra mucho más que las acciones políticas de Miguel Antonio Caro. Lo que Jorge Isaacs hace en *Las tribus indígenas del Magdalena*, según lo expuesto, muestra por qué Caro condena al silenciamiento el trabajo de Isaacs, a través de la politización del mismo, es decir, reduciéndolo a un texto científico de mala calidad. En últimas, el trabajo de Isaacs, y esto es lo que quisiera dejar indicado, cuestiona las condiciones de posibilidad mismas del acto de escribir, es decir, la formación discursiva que determina los trabajos de M. A. Caro.

Las objeciones que este escritor hace a los trabajos Macaulay ya no son pertinentes para Isaacs. Con el primero, Caro discute, pues mientras Macaulay cuenta *una* historia universal, *una* historia de la humanidad en la que tenía que aparecer la fuerza de *una* raza, *una* lengua, *una* tradición y *una* religión, y en la que se debían respetar el criterio cuantitativo y el deber del investigador, Isaacs cuenta la historia de un pueblo sobre un suelo específico. Los destinos trazados por la Providencia ya no hacen parte de la historia nacional, pues es el suelo el que tiene una historia propia, que comienza antes de la llegada de España (y no por la raza, la religión, la tradición y la lengua, que inscriben al territorio en una historia milenaria). Por eso la gestión de la Conquista y la Colonia, más que insertar a los habitantes de ese territorio en la historia universal y el circuito de las naciones, significó para ellos la destrucción de *otro* pasado, el propio, una destrucción liderada, por la espada y la cruz. El mejor ejemplo de la apuesta de Isaacs se encuentra en el poema “Río moro”. Aquí Isaacs muestra que la geografía es nación, que la vegetación y su riqueza es constitutiva de lo propio:

Bajo el techo de musgos y de pancas,

abrigo del viajero solitario,

el rudo y fatigoso movimiento

de tus ondas veloces contemplando,

del fondo de las selvas me traían

las auras tus perfumes ignorados,
mezcla de azahar y del canelo,
gratos aromas de mi patrio suelo.

Sin embargo, este territorio sometido a un permanente cambio no se ocupa de almacenar recuerdos, y por eso dice Isaacs a continuación:

Entonces una lágrima rebelde
humedeció mi pálida mejilla,
dulce como esas que a los ojos piden
caros recuerdos de felices días;
elocuente, si hay lágrimas que encierren
la historia dolorosa de una vida;
aquí llevóla indiferente el río,
murió como las gotas de rocío.

Para Caro, la novedad, si es que esta se quiere, debe ser vigilada por la tradición.¹⁹ Mientras que para Isaacs la novedad, la más radical, no es comprendida por una época, y muchas veces en ella residen los grandes pasos de la “evolución cultural”. Por eso el Colón que defiende el autor de *La María* no encaja ni con su raza ni con el espíritu de la época, mucho menos con la tradición. Volviendo al poema, el distanciamiento del pasado, que el movimiento del río impone con la indiferencia, saca del espacio del decir a los enunciados de Caro y explica la distancia que hoy tenemos con los antiguos habitantes del actual Magdalena, no solo porque nadie se ocupe de su destino, sino, y sobre todo, porque su pasado se perdió en un movimiento ineluctable que se suma a la embestida española, pérdida que el descuido del

gobierno ha ayudado a aumentar. La tradición española no es un resguardo de moralidad y legitimidad, como supone Caro, sino un momento del movimiento que borró a los indígenas del Magdalena y que hasta hoy los mantiene en el olvido:

¿De dó vienes así desconocido
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana
hacia el oriente tus orillas puebla
en verdes bosques y llanuras vastas,
cuyo límite azul borran las nubes
en que confín del horizonte vagan?
Dime, esas tribus que do naces moran,
¿viven felices o miseria lloran?

Y, frente a estos primeros habitantes, ¿qué pueden hacer los descendientes de la raza que según Caro tiene más fuerza? Si desde Caro se legitima la posición dominante de los herederos de España, por su fuerza y pasado glorioso, y así se los perpetúa en la administración del gobierno nacional, en Isaacs sólo se les imputa culpa. No en balde termina con los siguientes versos: “y yo con mi ambición, pobre y proscrito, / de mi raza infeliz purgo el delito” (Isaacs 206).

En otro poema, titulado “Tierra de Córdoba”, Isaacs hace un recorrido por la geografía nacional y presenta la historia de la República de Colombia; en este poema, tiempo y espacio se anudan de nuevo como elementos fundamentales del relato, que para Caro sólo tenía como protagonista a la Providencia –un modo de ser de la escritura que hacía que el espacio fuera indiferente–, y por eso en este relato la de “españoles-americanos” era una categoría posible. En sus versos, cuando Isaacs habla del papel del cristianismo en América, arremete de nuevo contra la Conquista y le reclama sus excesos violentos, onerosos para estas tierras:

19 En lo que se refiere, por ejemplo, al uso del lenguaje, Caro afirma que los usos actuales siempre llevan en sus entrañas una triple temporalidad: un pasado legitimador, un presente institucionalizado, un futuro dirigido. Esta idea Caro la desarrolla claramente en “El uso” (66).

¿España qué les dio del Nazareno?

¿La ley de paz y amor...?

Dejó de cien naciones los insepultos huesos,
pavesas de Atahualpa, del Zipa y Guatimoc (215).

La disputa de Isaacs no es *contra* un proyecto nacional. Sólo les pide al gobierno y a los investigadores más atención para las tribus de la región que recorrió. En ese sentido, el texto es inofensivo, apenas una queja más de las que recibió el gobierno en aquél tiempo, y una mucho menos peligrosa que las elevadas, por ejemplo, por los artesanos más de diez años después.²⁰ Entonces, ¿por qué escribir una diatriba tan violenta y vehemente? Ya sabemos por qué. El poema es una buena síntesis, pasa de un proyecto providencial y universal a un territorio, ataca la posibilidad de la tradición con el movimiento indiferente de la naturaleza (“Viajero de regiones ignoradas, / ¡ay! Ni una sola de tus ondas crespas / a encontrar volveré, ni de mis pasos en tus orillas durará la huella) y, sumado a ese olvido, reclama a la “raza fuerte” y al modo en que impuso su religión el daño causado a los nativos. Más aún, en una de las notas al pie de “Tierra de Córdoba”, le retira a la poesía la obligación de dar cuenta de Dios y de la anhelada unidad:

Al retocar las estrofas marcadas con el número VI, recordábamos admirándola siempre, la elocuente interrogación que va en seguida. Copiamos sus palabras. Son de don Gaspar Núñez de Arce: “¿Por qué la poesía, que tantas (sic) veces ha manchado sus alas en el fango de la adulación, no ha de ser también, como la historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos?” (219)

Los cuatro ejes que articulan los escritos de Miguel Antonio Caro: tradición, historia, idioma y religión, se trastocan en un texto como el estudio sobre las tribus del Magdalena. El modo de ser del acto de escritura es otro: en lugar de propender por la *unificación*, en lugar de asirse a una *unidad*, como en el proyecto de Caro, Isaacs asume el movimiento indiferente del mundo y

20 Sobre los levantamientos del artesanado bogotano en la última década del siglo XIX, véase Sowell; Aguilera.

rescata un comienzo disímil, una historia independiente que no se puede medir con la vara de la universalidad ni con el criterio cuantitativo y el deber del investigador. En el texto de Isaacs, ya no se trata de mostrar el valor de los hechos a través de explicaciones que los trascienden, sino, como en la poesía, de azotar los opresores y vengar a los oprimidos.

Politizar y luego nombrar: positivismos, empirismos, liberalismos...

El texto de Jorge Isaacs, en cuanto que texto político, tiene un doble aspecto: por un lado, un rechazo a las acciones de los gobiernos de la república respecto a las tribus del Magdalena y su señalamiento del retraso al que la violencia de los colonizadores sometieron a estas agrupaciones; por otro lado, el intento de poner fuera de juego el discurso de la unidad. Este doble aspecto hizo que Miguel Antonio Caro dirigiera todo su arsenal no a discutir con Isaacs, pues no lo hace, sino a borrar su escrito, en un esfuerzo de politización, es decir, reduciendo el texto de Isaacs a su aspecto científico.²¹

Claro que aún falta señalar las últimas puntadas de las acciones literarias que Caro realiza y que hacen parte del ejercicio de la politización, unas puntadas que garantizan la duración y generalidad de su ataque. Las puntas finales son, pues, dar un nombre al texto de Isaacs y ponerlo en algún estante de la biblioteca de textos politizados, para así garantizar su olvido, o tras una película de polvo o tras la homogenización de sus argumentos. En otras palabras, Caro debe inutilizar el texto y, para evitar que se vaya la costura, debe filetear los contornos del mismo con las puntadas que ya mencioné. ¿Qué nombre? ¿En qué anaque?

En los últimos apartados de “El darwinismo y las misiones”, Caro afirma, en la medida en que el texto de Isaacs es un texto científico, que todo este trabajo no llega a buen puerto, que no es más que un escrito *darwiniano* que se fia de una hipótesis sin fundamento. Pues a los ojos de Caro

21 Un efecto secundario de esta politización o, mejor, una prueba del éxito de la misma puede ser el que aún hoy nos preguntemos por las calidades científicas del texto de Isaacs, mientras seguimos desconociendo su cariz político.

las tesis de Darwin no son más que una falsa elevación al estatuto de teoría de un conjunto de datos recogidos sin orden, sin ningún criterio moral, sin ninguna tradición legitimadora, sin ningún proyecto milenarista, es decir, sin ninguna guía del entendimiento que garantice tanto la calidad científica del trabajo como su estatuto de teoría. Un buen ejemplo de las razones que Caro esgrime contra el darwinismo puede verse en el siguiente poema:

Antidarwinismo

A fabulosas épocas se eleva
El cambio aquel de donde el hombre emana,
Según sueña la escuela darwiniana
Ningún experimento lo comprueba
Mi teoría es mejor, sea o no nueva
Pues la abona experiencia cotidiana
Que el germen, la viciada raza humana,
De toda clase de animales lleva
El salvaje del hombre es descendiente
Y monstruos tales brota el salvajismo
Que a los museos van los esqueletos
Lo que en su dorso el darwinista siente
No es rezago, es principio de monismo
Hijo de hombres él fue: veréis los nietos!²²

Por todo esto, según el redactor de la Constitución del 86, “es preciso volver al único fundamento sólido que es Jesucristo” (“El darwinismo” 1105). Un fundamento que inmediatamente llama el

proyecto de la unidad, a través de sus garantes empíricos: una religión, una lengua y una tradición, las más fuertes y duraderas. En otros términos, según Caro, “sobre el sentimiento aislado nada sólido, nada permanente, nada que inspire confianza puede fundarse”, y para evitar inconsistencias, se debe recurrir a la religión de Cristo, pues “el cristianismo armoniza las facultades del hombre; ilustra su razón, mueve su voluntad, ordena sus sentimientos”, en últimas, muestra la verdad sostenida por una milenaria tradición que ha erigido lo dos imperios más grandes de la historia.

El error darwiniano como todo error, envuelve una verdad incompleta y trunca. Nadie ha negado que las criaturas viven en guerra. Nadie ha negado tampoco que el fuerte domina al débil. Ni ha habido quien con pluma tan vigorosa y colores tan vivos como lo pintó De Maestre, tantas veces citado, haya descrito el estado de guerra permanente que ofrece el espectáculo de la naturaleza. Pero los darwinistas incurrir en el error de inferir de los triunfos de la fuerza un estado convencional de transformación, que los hechos no comprueban, y luego en el contemplar sólo lo material, prescindiendo de las fuerzas morales y del poder sobrenatural, sin el cual la historia del género humano no tiene explicación posible (1099).

Este poder moral lo exhibe el cristianismo, pero, recordemos, por la fuerza, la unidad y la duración que el historiador puede probar. Entonces, el nombre del texto de Isaacs es *darwiniano*; el anaque, el de los enemigos del cristianismo: “Los darwinianos establecen una premisa más general en el amplio campo de la biología, de que el comercio y la industria son sólo manifestaciones secundarias; crúcense de brazos los gobiernos y dejen que los conflictos de razas se resuelvan *por la libertad. Laissez faire!*” (1102).

La politización se completa luego de las coordenadas nominal y vecinal, y los compañeros de piso han desplazado el texto de Isaacs. Primero, este era un texto de mala ciencia, ahora un peligro social. La razón es bien sencilla, el texto de Isaacs está en un vecindario donde prospera sin límites el *criterio sensualista*. Es decir, la politización del trabajo de Isaacs ha permitido que se lo vincule con los proyectos filosóficos del conde Destutt de Tracy, Bentham y Stuart Mill, más aun, con el positivismo de Comte y la economía de Adam Smith. En

22 Caro, “Antidarwinismo”. *Papel Periódico Ilustrado* VI: 84 (febrero 1885), citado en J. E. González (285).

otras palabras, el cariz ocasional y legitimador de “El darwinismo y las misiones” no es más que apariencia, pues en este escrito Caro no solo defiende el nuevo proyecto constitucional y el pacto con la Iglesia, además defiende un ideario que *Las tribus indígenas del Magdalena* comienzan a minar. La estrategia seguida por Caro no es únicamente la común refutación argumentativa, tan usada por él, por ejemplo, contra Ezequiel Rojas en torno al utilitarismo; la estrategia ahora no es la discusión, sino la politización, que permite silenciar a Isaacs a través de la comprensión de su texto como un texto científico.

Si no queremos prolongar el éxito de Miguel Antonio Caro, debemos buscar nuevas alternativas de lectura no solo del trabajo de Isaacs, sino de otros de sus contemporáneos, como Baldomero Sanín Cano, que sufrió, en sus primeros años, el peso de un silenciamiento politizador por parte de Miguel Antonio Caro. Pero también debemos despolitizar los trabajos de Miguel Antonio Caro, pues ellos han sufrido en el presente un borramiento análogo al que él efectuó de otros escritores de su tiempo. Bastante saben los trabajos de Caro de las no injustificadas, pero sí reduccionistas, acusaciones de dogmatismo y catolicismo ultramontano. Ya es hora de que la literatura colombiana pueda ser leída, de que los prejuicios partidistas no sean la única clave de interpretación del acto de escribir en la Colombia del siglo XIX y XX.²³ Ya es hora, y espero que este texto sea un canto de gallo en esa dirección, de que las lecturas de Caro no sean solo dos: la apologética o la inquisitorial.

23 Al respecto quisiera recomendar el libro del profesor Miguel Ángel Urrego *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Aquí el profesor Urrego presenta muy buenas intuiciones y explicaciones respecto a la dinámica de la vida de los intelectuales en Colombia, pero la excesiva atención al problema de la relación de estos personajes con los partidos políticos, relación innegable, pero no definitiva del oficio, pierde de vista la riqueza de las idas y vueltas argumentativas que moldean los escritos de estos personajes. Claro que estas idas y vueltas no son el interés directo de Urrego, pero podrían desbloquear, como espero haber mostrado con el caso de Miguel Antonio Caro, las posibles lecturas de la producción intelectual colombiana.

Obras citadas

- Aguilera Peña, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895*. Bogotá: Colcultura, 1997.
- Bonilla, Manuel Antonio. *Caro y su obra*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Extensión cultural y Bellas Artes, 1948.
- Caro, Miguel Antonio. *Obras I*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962.
- _____. *Obras III*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980.
- _____. *Artículos y discursos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951.
- _____. “El Darwinismo y las misiones”. *Obras I*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962. 1049-1107 [*El repertorio colombiano*, XII: 6 (septiembre 1886); XIII: 7 (marzo 1887)].
- _____. “La conquista”. *Artículos y discursos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951.
- _____. “El uso y sus relaciones con el Lenguaje”. *Obras III*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980. 66.
- Constitución de la República de Colombia*. Edición Oficial. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea HS, 1886.
- González, Fernán. *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia 1830-1900*. Medellín: La Carreta, 2006.
- González Rojas, Jorge Enrique. *Positivismo y tradicionalismo en Colombia*. Bogotá: El Búho, 1997.
- Hernández Norman, Isabel. *Miguel Antonio Caro. Vida y obra*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1968.
- Isaacs, Jorge. *Las tribus indígenas del Magdalena*. 3 ed. Bogotá: Editorial Incunables, 1983 [*Anales de la Instrucción Pública en los Estados Unidos de Colombia*, VIII: 45 (septiembre 1884)].
- Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Alfaomega, 2001).
- Jaramillo Vélez, Rubén. *Colombia, la modernidad postergada*. Bogotá: Temis, 1998.
- López, Carlos Arturo. *Miguel Antonio Caro y el acto de escribir. Cuestiones en torno a la politización de los escritos del siglo XIX en Colombia*. Por publicar.

- Martínez, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita: La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.
- Saldarriaga Vélez, Óscar. "Gramática, epistemología y pedagogía en el siglo XIX: la polémica colombiana sobre *Los elementos de ideología* de Destutt de Tracy (1870)". *Memoria y Sociedad* 8: 17 (junio-diciembre 2004).
- Sowell, David. *Artesanos y política en Bogotá, 1832-1919*. Bogotá: Pensamiento Crítico, Círculo de Lectura Alternativa, (2006).
- Torres Quintero, Rafael. "Caro, defensor de la integridad del idioma" (Introducción). *Miguel Antonio Caro. Obras III*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980.
- Tovar, Leonardo, "Ciencia y fe: Miguel Antonio Caro y las ideas positivistas". *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre, 2002.
- Valderrama Andrade, Carlos. *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1961.
- Von der Walde, Erna. "Limpia, fija y da esplendor: El letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX". *Revista Iberoamericana* LXIII (178-179) (enero-junio 1997): 71-83.
- Zuleta Álvarez, Enrique. *Lengua y cultura de Hispanoamérica en el pensamiento de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.
- Fecha de recepción: 17 mayo 2008
- Fecha de aceptación: 5 septiembre 2008